

O'Higgins en el ambiente cultural de su época

EUGENIO PEREIRA SALAS

La cultura en los albores republicanos en que nació y vivió el prócer General Libertador, don Bernardo O'Higgins, reposa en la asimilación progresiva de esa filosofía de la vida, del pensamiento y de la acción bautizada historiográficamente con el nombre de la Ilustración.

América, lo mismo que España, se incorpora tardíamente a esta actividad reveladora de nuevas estructuras sociales. En la previa lucha, con las nobles armas intelectuales, entre el medio tradicional, monárquico, escolástico y mercantilista y el ideal racionalista y republicano, se utilizaron diversos medios de comunicación de las nuevas ideas. Uno de ellos son las tertulias. Las más afines a los intereses hispanoamericanos fueron en Madrid la de Nicolás Antonio y el salón de doña Manuela Lafita en que fueron tertulianos José Antonio de Rojas, Manuel de Salas y otros espíritus esclarecidos. Allí se hablaba de Beccaria y de la filosofía social en que la caridad se laicizaba en la filantropía. El aristotelismo se considera "un arenal en que no fructifica cosa alguna", se discute la psicología fisiológica y la Historia Universal con la idea del desarrollo del hombre. "Todo el siglo, sintetiza Dilthey, rebosa con el ideal cultural del progreso del género humano y el conocimiento y el dominio de la naturaleza".

Dos caminos siguen estas ideas para llegar a América. La ruta de España, a través de los dos grandes divulgadores. El P. Feijoo que parte de Bacon y entiende la "ilustración a la

española", escribe Lain Entralgo, transformándose en un divulgador de inquietudes noveles. Gaspar Melchor de Jovellanos, profundamente patriota, lucha por su doctrina política basada en su aforismo de "buenas leyes, buenas luces y buenos fondos", o sea la revolución desde arriba, el despotismo ilustrado.

La senda más difícil fue el entendimiento con la señera área francesa de la Ilustración, por el libro, la lectura directa en aumento de las obras de Rousseau, Montesquieu, Voltaire y los enciclopedistas.

Este conjunto de actividades va produciendo cambios en las costumbres. "La moral social, escribe Juan L. Aranguren, está basada en el esfuerzo humano y el ahorro", lo que conduce a la ética de la felicidad sobre la tierra que sólo puede alcanzarse por la riqueza adquirida mediante el trabajo honesto, piedra basal del futuro mundo burgués.

La nueva filosofía repercute en Chile. La fisonomía del país a comienzos del siglo era todavía en lo agrario y en lo urbano peculiar. La vida del pueblo hunde sus raíces en las costumbres vernáculas. La alimentación resulta de la transformación de los productos alimenticios precolombinos: maíz, poroto y papa en un aditamento hispánico de caldos, pucheros y cazuela que reemplazan a los locros y charquicanes aborígenes. En la ciudad regular de forma de damero la vida se desenvuelve a caballo. Los jinetes con sus atuendos de rebozos y ponchos y los vendedores ambulantes que pregoman y vocean sus mercaderías mantienen la idiosincrasia colonial. El tono de las entretenencias es religioso: procesiones y romerías llenan el calendario festivo que llega a noventa días en el año. Se mantienen los juegos de los Conquistadores, ejercicios hípicos, corridas de toros y las riñas de gallos. Sólo una pequeña élite criolla mantiene una existencia cortesana, con cultivo de la música dieciochesca, junto al clave o piano que comienza a reemplazar a la guitarra criolla. El teatro neoclásico que se insinúa, se inspira en Metastasio.

En este ambiente todavía imperial y monárquico en su dependencia política comienzan a actuar las fuerzas plasmadoras que ha difundido la Ilustración y que se han hecho carne en el mundo histórico en el proceso de la Independencia

de Estados Unidos y el soplo renovador de la Revolución Francesa. La coyuntura fue favorable en Chile en el siglo XVIII. El comercio intérlope de los franceses, la reforma de los Borbones, las expediciones científicas, el galicanismo político y el comercio neutral van condicionando la acción del pensamiento renovador hasta que llega el siglo XIX.

Tras la reunión del Cabildo Abierto de 1810 y la formación de la Primera Junta de Gobierno se advierten en las discusiones y documentos oficiales los síntomas de una conciencia propia en el país, el sentimiento vago de una ciudadanía nacional. El pensamiento político es bivalente en sus comienzos, responde grosso modo a las estructuras sociales. Unos favorecen la continuidad monárquica imperial; otros tímidamente en los comienzos favorecen la idea republicana.

Penetrando en el fondo teológico del pensamiento de la Iglesia hay coincidencia entre la concepción hispánica ilustrada (A. Pérez) y la que expresan en Chile los debates políticos frente al conflicto revolucionario (Maximiliano Salinas).

El enfrentamiento armado tiñe la vida social. La existencia que se desenvolvía casi exclusivamente alrededor de las festividades religiosas se ensanchó con el establecimiento de algunas ceremonias públicas de carácter cívico-popular, como el 12 de febrero, el 5 de abril y el 18 de septiembre que bajo el patrocinio de Portales llegó a encarnar el Día de la Patria.

La biografía del Director Supremo, don Bernardo O'Higgins, discurre en acelerada cronología entre estos dos mundos, en el real inmediato del ambiente provincial y lejano en que nació y aquel que contribuyó a crear en el plano ideal de una postura revolucionaria, la que trató de imponer durante su mandato político en esos años decisivos para la formación de la República.

A sus primeros años de enclaustramiento familiar y anonimato forzoso suceden los del aprendizaje en el Chile criollo; en el hermoso puerto de Cádiz, ciudad en que por primera vez se propicia el contacto entre los representantes de la España liberal y los delegados americanos que disertan en las asambleas constitucionales.

Los años de su permanencia en Inglaterra corresponden al período de la forzada emigración española de los “negros”. En Londres, Francisco Miranda y sus seguidores fraguan reformas sustanciales, ayudados por la generosa acogida que les dispensan pensadores de la talla de Jeremías Bentham, patriarca del utilitarismo y autor de varios bosquejos de constituciones para los países americanos. Allí se compondría el Himno Patriótico de Ramón Carnicer, nuestra Canción Nacional.

Nunca olvidó O’Higgins a sus “viejos maestros de Richmond”, sobre todo aquellos que le inculcaron los rudimentos del arte y la música, su gran consuelo espiritual en las horas atribuladas de su existencia de guerrero y luchador. En estos medios favorables se empapa con el credo que mantendrá como divisa toda su vida: Patria y Libertad.

La noción de patria la tiene enraizada en el terruño. Es el prócer dentro de una clasificación política, un hombre de la Frontera. Y si bien no compartimos el credo absoluto de Turner en su interpretación sociológica de este fenómeno vital para Estados Unidos, no cabe duda que allí aprendió, como muchos de sus contemporáneos de Concepción, aquello que la frase dieciochera de “leer en el libro de la naturaleza”, es decir, el racionalismo, encarnaba.

Este contacto dio al credo religioso de O’Higgins, humilde y franciscano, un matiz deísta y panteísta singular. Está, sin duda, unido al concepto de libertad. El abate Juan Ignacio Molina, en sus poesías latinas adolescentes *De fluvis Chilensis*, había cantado con amor de hijo a su “Itata y su Penco y sus vinos”. No olvidemos que al igual el sabio humanista redactó conducido por este amor patrio visceral una señera Constitución Política para Chile. Los jesuitas del siglo XVIII, aquellos del fecundo destierro en Bolonia, a semejanza de la *Rusticatio Mexicana*, de Rafael Landívar, habían compuesto en el seminario de Bucalemu una especie de antología poética arcadica en su intención virgiliana que aludía al igual a este sentimiento patrio de arraigo espiritual.

El joven O’Higgins, con esa pasión típica de su temperamento, en sus horas de tranquilidad de hijo de Virrey en la Hacienda de San José de las Canteras, había también unido la

patria a lo vernáculo y de allí nace su amor al aborigen. Era en parte sentimiento generacional. El Vice Presidente, don Francisco Antonio Pinto en sus *Memorias*, relata ese despertar nativista, inspirado en las lecturas colectivas de las octavas reales de *La Araucana*, de don Alonso de Ercilla y sus héroes legendarios, Lautaro, Caupolicán, Rengo, Galvarino pasan a ser modelos de comportamiento cívico-patriótico, a la manera de los héroes homéricos.

En las Canteras aprendió O'Higgins el idioma mapuche "dulce y melodioso" y se empapó de amor a la raza doblegada pero no vencida. María Graham, en una de las páginas características de su poética evocación, relata el cariño con que el Director Supremo trataba en las veladas del Palacio a la juventud araucana que educaba con el propósito que fueran los intérpretes interesados en los pasos nacionalistas que se estaban dando en su favor. Fue enemigo de esa dualidad de cultura y modos de vida que trató de supeditar en la legítima expresión de "chilenos".

Esta transformación social quiso alcanzarla por oportunas leyes coercitivas o por el proceso más lento de la enseñanza.

La Patria Vieja había suprimido, a petición del filántropo don Manuel de Salas, "los bárbaros juegos españoles", es decir, los toros y los gallos. Pero conservó aquéllos congénitos con el estatuto campesino original, las carreras de caballo. O'Higgins era muy aficionado a estas diversiones y al trazar con sus manos de artista los planos de una nueva Alameda, con paseo ciudadano, construyó al final de ella una cancha de carreras que competía con la tradicional de Las Lomas, en las goteras de Santiago. El pueblo que concurría, gustaba verlo llegar a estos espectáculos de masa, en su "Arca de Noe", como bautizaron al pesado carromato que arrastraban los postillones hasta la cancha para allí divertirse en las competencias hípicas que el fervor deportivo de los ingleses, en especial su amigo Tomás Appleby, concertaba semanalmente en el extremo sur de la Vieja Cañada.

En sus aficiones artísticas demostró O'Higgins su adhesión a la doctrina neoclásica de la Ilustración. Esta impronta está en el bosquejo topográfico que dio nacimiento a la Alameda de las Delicias, construida por el ingeniero Santiago Ballarta.

Fiel a la ecuación arte y sociedad, entregó a la pericia del escultor Ignacio Andia y Varela, autor del primer escudo nacional, la tarea de levantar un obelisco recordatorio en la Cuesta de Chacabuco que por desgracia se detuvo después de la colocación de la primera piedra. Ya la Patria Vieja, en los años iniciales de don José Miguel Carrera, había inaugurado el Altar de la Patria en plena capital. Las fiestas públicas de la época son realizadas con diversas decoraciones y cuadros alusivos, no faltando nunca la figura simbólica de la libertad en pintura o relieve.

O'Higgins en su correspondencia a su padre, el Virrey del Perú, "deja constancia de dominar el dibujo", "y me será —agrega— de gran satisfacción si varias de mis pinturas, particularmente en miniaturas, pudieran llegar a manos de V. S.". Esta rotunda sentencia despertó la curiosidad y la búsqueda de sus obras, iniciada por Vicuña Mackenna y que ha proseguido. El Museo del Carmen de Maipú se precia de poseer y exhibir dos miniaturas, según tradición, pintadas por el Director Supremo.

Este amor por la pintura lo llevó a proteger al retratista peruano José Gil de Castro, el benemérito mulato, en cuyo pecho prendió la escarapela de la Legión al Mérito por él creada para destacar a esta nueva aristocracia del talento. Premia el Director Supremo a este artista espontáneo y original que trasciende la imaginería religiosa criolla en sus telas henchidas por una gama audaz de colores absolutos y un primitivismo cautivante por su autenticidad. El artista pasó a ser el retratista por autonomasia de la generación de los padres de la patria americana, de Bolívar, de San Martín, de O'Higgins y de toda la gama de esta generación cívica castrense que luchó por la Independencia.

La educación fue otra de las armas que esgrimió el Director Supremo para obtener los cambios sociales que anhelaba. Reabrió con solemnidad el Instituto Nacional, fundado en la Patria Vieja y aplicó en las aulas primarias y secundarias las nuevas ideas pedagógicas en boga. El más aceptado fue el de la llamada educación común, conocida por el nombre de su creador José Lancaster, y que tuvo, entre nosotros, a James Thompson como su gran animador. Se trata de aprovechar el elemento humano, entregando responsabilidad a los monitores, escogidos

entre los alumnos más aventajados. Hubo también adhesión a las doctrinas revolucionarias planteadas por Rousseau en su fundamental libro el *Emilio*, inspirado en su doctrina de la vuelta a la naturaleza para evitar vicios que introduce la civilización. Tuvo dos ilustres representantes, algo excéntricos, Simón Rodríguez, el maestro del libertador Bolívar, y Ambrosio Lozier, sabio matemático, que abandonó todo para entregarse con celo mesiánico a esta enseñanza tutorial. En ambos primaba el principio nacionalista y la enseña que lucía en la entrada de uno de estos colegios: "No hablemos de los griegos, no hablemos de los fenicios, hablemos de los indios", tiene un sentido oportuno en esa época, inclinada al cosmopolitismo.

La educación pública comienza a traspasar en esta época su función básica de enseñar; el Instituto Nacional lleva dentro los gérmenes de una futura universidad. A las lecciones utilitarias del conocimiento funcional, agrega el sentido literario creativo, con mucho calor tribunicio, que inspira la labor de Fray Camilo Henríquez. El instrumento poético que utilizan los poetas republicanos iniciales está acordado al tono del modelo español neoclásico de José Manuel Quintana o Juan Bautista Arraiza. No es en verdad la lira (tópico que se repite al infinito) sino la trompeta bética la que soplan los labios tremantes de los bardos de la emancipación. Parece que un mismo himno de libertad se repitiera en todo el ámbito continental. Pobre es, ya lo dijo con más energía Menéndez Pelayo, la poesía de Camilo Henríquez, pero es noble la intención. Tímidamente en las aulas de los institutos se va difundiendo una doctrina filosófica que viene de la Francia napoleónica, de Destut de Tracy, la ideología, que es más bien una antimetafísica, un repensar sobre la moral social y la instrumentación intelectual del hombre frente a los problemas de la convivencia. José Miguel Varas y Ventura Marín son los maestros que conducen el pensamiento hacia el eclecticismo de Cousin, que lleva al apogeo en Chile la extraordinaria personalidad de don Andrés Bello.

Este pensar positivo se transmite por la prensa. La Patria Vieja había fundado el primer periódico nacional, *La Aurora de Chile*, y la necesidad conduce al periodismo. Artículos, más bien ensayos, animan las hojas volanderas de diarios de todas

las tendencias políticas. García del Río, Manuel José Gandleras, José María de la Torre, Irisarri, Juan Egaña, Manuel de Salas, José Miguel Infante, son algunas de estas personalidades que llenan con desprendimiento las activas columnas de la prensa cotidiana. Se da importancia a la profesión y Juan Egaña, en sus múltiples proyectos, presentó la idea de crear una señera Academia de Periodismo, encargada de velar por la integridad moral de la prensa y los méritos literarios de sus cultivadores.

La necesidad de la proyección en el ambiente ciudadano de los postulados revolucionarios estimuló el desarrollo del teatro, dentro de la doctrina pragmática que transformaba el arte escénico en palabras de Camilo Henríquez: "en un grande instrumento en manos de los políticos".

El repertorio colonial se altera. Los autos sacramentales tan enraizados en el pueblo fervoroso son suprimidos por el movimiento del "buen gusto" que se inclina más bien por la comedia tierna y sentimental y los dramas neoclásicos que son interpolados con largos pasajes declamatorios de intención proselitista. Los géneros populares, además de los obligados sainetes y de los fines de fiesta, son las obras de Vittorio Alfieri que en sus dramas históricos *Bruto I*, *Bruto II* y otros, difunde principios literarios afines a la causa americana. Joseph Addison, autor de *Catón de Utica* que es representado hasta la saciedad.

La Patria Vieja por intermedio del Dr. Juan Egaña había establecido "un año cómico republicano" que correspondía a unos 56 ó 57 días de función, además de aquéllas relacionadas con la Pascua de Navidad. Se mantuvo en los reglamentos la prohibición de espectáculos en la Cuaresma.

O'Higgins tuvo singular interés por el teatro, más aún, contribuyó a la construcción del Primer Coliseo techado, obra de su amigo el comandante don Domingo Arteaga. La sala se abrió el 20 de agosto de 1820 en la plazuela de la Compañía. Trabajaron allí los prisioneros hispánicos adoctrinados por el coronel Latorre, autor de un *Alcorán del Teatro* que sirvió de texto didáctico preparatorio. Era la compañía más completa formada en el país. Encabezaba el elenco el granadino Francisco Cáceres, que iba a transformarse en el galán por excelencia de los tablados escénicos de Buenos Aires, Montevideo, Lima y

Santiago. Su apostura juvenil y su dicción impecable subrayan su actuación. Lucía Rodríguez seguía siendo la primera dama por antonomasia.

Mayor importancia tuvo en esta época el actor Luis Ambrosio Morante, que trajo a Chile una especie de reflejo criollo de la actuación escénica del gran Maiquez. Fue actor y autor. Acérrimo liberal, intercalaba en las obras del repertorio glosas y loas que divulgaban los principios revolucionarios.

El teatro tuvo en Bernardo Vera y Pintado, García del Río y sobre todo, Fray Camilo Henríquez, los primeros cultivadores de este teatro comprometido. *La Camila*, de Camilo Henríquez, sirve de símbolo de esta intención política, proselitista en la escena.

O'Higgins asistía con puntualidad a los estrenos del Teatro de Arteaga, y el palco del Gobierno se repletaba con sus familiares y los altos funcionarios. Fue costumbre iniciar la representación a los acordes del Himno Nacional que había compuesto, en clara estructura mozartiana, el director de la orquesta, el simpático artista bohemio Manuel Robles.

Entre las artes fue, sin lugar a dudas, la música la más afín al temperamento y personalidad del prócer. Venían las artes musicales progresando con celeridad a lo largo del siglo XVIII. La música religiosa cumplía con honorabilidad sus altos propósitos de elevación espiritual, gracias a la labor de José de Campderros, hábil maestro de capilla de la Catedral de Santiago y sus discípulos.

El cultivo de la música de cámara en las tertulias comenzó temprano el siglo por el influjo de los marinos bretones que se establecieron en el país. El clave y el pianoforte pasaron a ser instrumentos por excelencia en las reuniones filarmónicas. En cabal conocimiento de las corrientes musicales de Europa, se encargan las partituras de los genios reconocidos. Por carta inédita de José Perfecto de Salas a su mujer, María Josefa Corvalán, sabemos del envío "de música que acaba de salir con grande estimación"; eran "las seis sonatas para clave y violín obligado" y los seis quintetos, opus 3, recién editados por el maestro de música de la Corte de los Borbones Luigi Boccherini.

Por el mismo correo, se despacharon seis sonatas en trío para violín y bajo de Haydn.

Para la ejecución de estas piezas, enviaba don José Perfecto a su familia, “un pianoforte, un violín y una viola”.

Don Bernardo O’Higgins compartía estas inclinaciones. En su juventud había estudiado música en Richmond y al llegar a Cádiz adquirió un piano para practicar sus conocimientos. Fue para él una verdadera tragedia tener que deshacerse del querido instrumento para costear su pasaje de regreso a Chile.

Nuevamente en Santiago, en la acogedora mansión del canónigo Juan Pablo Fretes, pudo reanudar en 1811 esta práctica instrumental; pero nuevamente el destino lo obligó a abandonar el piano al alejarse de la capital en la campaña militar del sur.

Barros Arana relata que en 1817 se “distraía durante el sitio de Talcahuano tocando otro novel piano, que vino a terminar confiscado por los realistas a raíz de la campaña del General Osorio.

Más tarde, en las sombrías horas del destierro, en el retiro agreste de Montalbán, se consolaba, al decir de Vicuña Mackenna, con las tocatas del harmonium.

Este gusto artístico lo llevó a favorecer el desarrollo de la música militar. Fue durante el Gobierno de don José Miguel Carrera que apareció en los cuerpos del ejército una banda militar. Fue organizada por el músico inglés Guillermo Carter, y provocó la alegría de los santiaguinos con sus retretas de Pleyel y Stamis, además de entonar el ánimo de los soldados en los campos de batalla.

San Martín y O’Higgins, después de las batallas decisivas de Chacabuco y Maipo que afianzaron la independencia, crearon una Academia Músico-Militar, dirigida por el clarinetista mendocino Matías Sarmiento, profesor de don José Zapiola.

No sólo protegió O’Higgins el desarrollo de la música militar sino también fue contertulio del salón del distinguido comerciante danés, secretario de Lady Cochrane, Carlos Drewetcke, en que se tocaba la más escogida música de Haydn,

Mozart, Beethoven y Cramer. El día 30 de agosto de 1818, cumpleaños de su hermana Rosita, un cuarteto ejecutó junto al Palacio, un Cuarteto de Beethoven, dato significativo, pues el genial artista estaba todavía vivo, en pleno período de su trascendente labor.

Tampoco olvidó O'Higgins la música de la tierra. En una carta inédita a su amiga N. Arriagada le agradece sus lecciones en que aprendió las tonadas folklóricas, felicitándola por la enseñanza impartida.

El proceso de la Independencia, y el triunfo final, había contribuido a la difusión de las tonadas, canciones y bailes criollos, y a la variada gama de los del siglo XVIII, el aire, el abuelito, el verde, y tantos más, se agregaron la popularidad del cuando en las tertulias republicanas, y el estallido de la sajuriana y de la zamacueca, que pasaron a ser los símbolos musicales de la nueva nacionalidad.

O'Higgins vivió anímicamente este fecundo proceso cultural, pero no pudo hacer completa realidad sus anhelos de progreso y disfrutar así las bondades de su extraordinaria actividad. La generosa disposición de su ánimo patriota lo obligó a esa honrosa abdicación en bien de la paz pública necesaria. Desde lejos no pudo tampoco darse cuenta de que sus principios políticos, su filosofía del progreso, quedaban para siempre insertos en la historia de Chile y de América y en el ambiente cultural de esta época, como hemos tratado de relatar.